cibia el soldado tres reales diarios y la racion. Que sus víveres se reducian á muy pocos, y en efecto, solo contaban con cuarenta bueyes, seis cargas de arina y otras frioleras, segun dijo el referido oficial: que los disidentes se habian circunscrito al punto fortificado de la Soledad, al convento de Santo Domingo, y á los de Belén y Sangre de Cristo; cuyo estado impulsaba la desercion de los cuerpos, y al general Calderon continuaban presentándose algunos oficiales y tropa. Agregué, que este cuadro estaba en contraposicion con el de la division de la causa nacional, cuya fuerza numérica y últimos ausilios recibidos con la llegada de la artilleria, hacian ver el cercano término de la revolucion. Esta fué mi final comunicacion al Gobierno.

¡Aquí está, conciudadanos, la série de los sucesos ocurridos á la division del Supremo Gobierno desde el 19 de septiembre que empezó á formarse en Nopalucan, hasta mi separacion del mando en Oaxaca el 23 de noviembre de 828! Todos ellos se han dilucidado con documentos fehacientes; y mis operaciones; los obstáculos que tuve que vencer para perseguir á un enemigo diestro en la astucia: los reveses mismos que sufrieron las tropas de la causa pública, y en fin, hasta sus triunfos sobre los revolucionarios, señalan el órden progresivo con que estos fueron estrechados al grado de no pensar sino en arbitrios y transaciones, que hicieran menos indecorosa su rendicion. De hecho, al Sr. general D. Antonio Lopez de Santa Anna no le restaba militarmente otro medio, sino el sufrir la muerte, con las armas en la mano, dentro de veinte dias, ó entregarse al Supremo Gobierno: de otra manera, la traicion ó el desmayo hubieran sido una consecuencia indispensable entre sus subordinados. La actitud ofensiva que pudo tomar ya el

Sr. general D. José María Calderon, desde que fué provisto de municiones á fin de noviembre: el haber ocupado S. S. la casa factoría y otras de la manzana: el haber sido muerto el teniente coronel de los pronunciados D. Joaquin Canalejo, y otros insidentes que manejó aquel Sr. general, pusieron á los sitiados en la mas completa consternacion: en lo humano no habia para ellos modo de salvarse sino con la revolucion, y ella estalló en instantes precisos. *La secta de York apuró sus maquinaciones, y toda la República fué conmovida con el horroroso sucudimiento de la Acordada, en 4 de diciembre.* Así fué como el Sr. general Santa Anna de rendido, se convirtió en vencedor.

Recapitulacion de los sucesos mas principales.

Evidenciados pues los hechos, como ofrecí, no dudo creerme en justicia, indemne de los decantados cargos que me ha fraguado la calumnia. Recapitularé sucintamente: que mi detencion de cuatro dias en Puebla y otros tantos en el camino de Perote, para marchar con la division de operaciones ácia los sublevados, provino de los cortos ausilios de tropa y dinero que de pronto se me suministraron. No situé mas que dos secciones sobre el castillo, porque no podia ser mas divisible la corta fuerza de 1500 hombres que conduje. Si establecí uno de mis campos en la hacienda de Ahuatepec, fué porque aquel era un punto capaz de ser defendido, mucho mas, cuando lo guarnecí con muy poco menos de la mitad de la division. En fin, el descalabro ó rendicion del propio campo, lo originó la impericia y la traicion, sin que deba reputarseme culpado en no haber socorrido á aquella fuerza, porque los ausilios se imparten cuando se piden, y á los puestos militares se franquean, cuando no media una entrega sigilosa al enemigo.

Las salidas repetidas de éste á los puntos

*

inmediatos al castillo debió ser un resultado de la desgracia de Ahuatepec, y se demuestra, con que el general Santa Anna, antes de comenzar sus correrias, pensó en quitarse aquel padrastro que obstruia su marcha á Puebla y á Oaxaca. No debí salir impetuosa y desconsideradamente en persecucion del propio general los dias 8 y 12 de octubre, por que era demasiado conocido su proyecto de dividir mis tropas para batirlas en detall; ó de marchar rápidamente ácia Jalapa, é ir á hacer tentativas sobre Veracruz, donde otras veces se habia sostenido con écsito; y aunque se me sindicó de apático, parece que el desenlaze hizo ver que no fuí burlado. Cuando el 15 de octubre desesperado el enemigo de no hacerme caer en sus lazos, me presentó la accion, bajo los fuegos del castillo, y con una gruesa batería que le daba superioridad sobre las fuerzas del Gobierno; le observé, obligándole á abanzar sus columnas á campo libre, donde fué batido, y perdió dos piezas de su artillería. De igual manera se ha justificado que no dispuse la retirada de la tropa cuando atacaba.

La salida del general Santa Anna del fuerte convenció que no habia sacado las ventajas que deseó en el ataque de Chilchoaco, y si no marché en su seguimiento hasta la tarde del 22 de octubre, fué porque de sus insidias era creible que persistía en forzar su retirada al puente. Ya que supe con certeza su ruta ácia Oaxaca, marché tras él con las dos divisiones del Gobierno; y á pesar de sus dias de adelanto, todavia le ocupé por mí mismo el punto de las cumbres de S. Juan del Estado. Dos traiciones muy semejantes á la de Ahuatepec se representaron en los caminos dificiles de Oaxaca: el coronel Pantoja se unió á los disidentes con 185 hombres, y con el entusiásmo sangriento que des-

pues se vió. El comandante general de Oaxáca, teniente coronel D. Timoteo Reyes, en un puesto casi inespugnable, se rindió tambien con 700 hombres, que todos se abanderizaron con el enemigo; por eso fué que el general D. Francisco Miranda, quedó batido al ir á darle ausilio, y esa tambien, la causa de resultar ilusorias mis combinaciones para rendir al Sr. Santa Anna, como indefectiblemente habria acontecido. En S. Juan del Estado tuve ocasion de medir con él ventajosamente las armas: allí pudo ser batido; pero mil circunstancias detuvieron la victoria. El nominado general, fecundo en ardides nuevos, fingió someterse al Gobierno: yo me conmoví al ver el sacrificio que se preparaba á tanto mexicano, y aquel se libertó del peligro.

Para sostener el decoro de las armas del Gobierno marché á los nueve dias contra los disidentes aposesionados de Oaxaca, y fortificados en sus edificios, sin llevar yo municiones suficientes ni una pieza de artillería; el enemigo tenía el recurso de un punto artillado que batía la campaña: le presenté la accion que admitió, y en diez minutos fué deshecha su línea de batalla, perdió su artillería, y fueron perseguidos y muertos cuantos no lograron dispersarse, ó ponerse á cubierto en el cerro de la Soledad, ó en el convento de santo Domingo. Las resultas fueron el apuro de los disidentes; su general tentó medios de ponerse á las órdenes del Gobierno de un modo evasivo: se manifestó su aflicion en varias veces: se dió despues giro á la traicion para sacrificar las tropas nacionales; y últimamente, la fuerza pronunciada en Perote contra la presidencia del general D. Manuel Gomez Pedraza iba á ser rendida, y la libertó el criminal levantamiento de la Acordada. Y si esto se ha comprobado, ¿podrán ser justos los cargos que hoy se me

forman? ¿podrá ser imparcial el empeño del propio Escmo. Sr. en sacarme envilecido á los ojos de mis compatriotas? Debo repetir á S. E. que no soy delincuente: si á su tiempo no pedí un consejo de guerra que acrisolase mi conducta, como tuve intencion, fué y ha sido, porque el estado deplorable de las cosas no podian hacerme prometer sino prevenciones hijas de los partidos. Hoy que se han acatado por la gran nacion las leyes, la constitucion y el órden, pido por medio de este escrito al Magistrado Supremo de la Federacion, que si lo demanda la vindicta pública, se me juzgue y se me aplique el peso de la ley.

Conclusion.

Tal es la traicion que, segun el Escmo. Sr. general D. Manuel Gomez Pedraza, hice á la pátria el año de 828: mis desvelos: esos afanes y comprometimientos por conciliar sin descalabro el honor y decoro de las armas nacionales, esos son los signos de mi perfidia. Suplíco al autor de las notas puestas al manifiesto del Sr. Pedraza, y á cuantos han pensado en su consonancia, que se dignen repasar las líneas de mi manifiesto, y yo prometo que variarán de ese injurioso concepto en que me pusieran los escándalos y afecciones de la revolucion. No he tenido compromisos privados para obrar: en el dia ecsisten el magistrado que fungía entonces con el poder, y el general á quien azarosamente cupo la suerte de tomar las armas contra el Gobierno (1): que me acu-

(1) *Hablando el manifiesto de los sucesos del general Santa Anna relativamente á mi relevo y manejo en la campaña, asi se esplica en la página* 104. *„Este cam- „bio fué motivado por el encarnizamiento del partido pe- „drazista, quien como no veia derramar la sangre mexi- „cana á torrentes, procuraba correr la voz de que Rin- „con estaba en combinacion con Santa Anna, que mar-*

sen si soy culpado. A mi vida aunque austera, aunque lejana del brillo y del esplendor, nunca le ha caido la mancha del crímen ni de la traicion. Nunca se me ha visto en la senda del desorden revolucionario, porque mis principios se cifran en la fidelidad y respeto á las leyes. Es injusto que el maldiciente me haya tachado de inteligencias innobles, y queda muy claro lo ponzoñoso de semejantes recriminaciónes: mi conducta en la campaña deshace ese cargo como el humo; pero si aun se desean mas pruebas, abundan todavia algunas que nacen de los hechos mencionados. Se sabe cuan crecida era la combustion revolucionaria en Veracruz por fin del año de 28: mi hermano obtenía el mando general de las armas del estado: allí con su firmeza y con la cooperacion de varios gefes, que ocupaban los puestos principales

„chaba de acuerdo con su pronunciamiento, y que no queria „por lo mismo atacarlo de frente. Rincon no fué traidor „á su deber: su poca actividad aparece mas bien que otra „cosa; y cuantas faltas cometió fueron originadas de aquel „principio y de que su sangre se hallaba helada por los „años y por su apatía natural; ó mas bien si se quiere por „su humanidad y filantropía.» Desnudanlo á este lenguage de las pasiones con que naturalmente se escribió, és claro que ningun misterio ni inteligencia llevaron mis operaciones con el general Santa Anna. Se me sindica en él de poco activo, y de que mi sangre se hallaba helada por los años; pero cuesta muy poco comprender que quien tal afirmaba era un panegirista y debia decir cuanto pudiese en loor del triunfo último de Oaxaca. Creo que no hay apatía, donde no pueden precipitarse los hechos sin riesgo de perderlo todo, como á mí me hubiera sucedido; y si esta inculpacion es apasionada, hago memoria de que todavia me falta bastante para llegar á los lustros de la decrepitud.